

Dolores Vilavedra

De, en, sobre... La literatura gallega y la Transición

1. Algunas cuestiones terminológicas y conceptuales

En algún momento habrá que distinguir entre la **literatura de la Transición**, esto es, aquella elaborada en los primeros años de la Transición democrática, y la **literatura sobre la Transición**, concebida ésta como una recreación memorística de un tiempo que, cada vez más, es ya histórico. Una distinción a la que le habría que añadir la de Ferreras (1995), quien propone la etiqueta “novela en la transición” para subrayar la dificultad de fijar las fronteras cronológicas de un fenómeno intrínsecamente lábil y difuso, cuyos orígenes algunos estudiosos se empeñan en remontar hasta 1962 (cuando el gobierno de Franco solicita el inicio de negociaciones con la CEE para una posible integración en el Mercado Común Europeo) o hasta 1968, por las consecuencias que en España tendría el Mayo francés,¹ mientras que otros lo hacen comenzar en 1973 con la muerte en atentado del general Carrero Blanco, sucesor *in pectore* del dictador; por lo que se refiere a su clausura, las opiniones van desde el fracaso de la intentona golpista en 1981 hasta la victoria socialista en 1982. Si a esto le añadimos opiniones como la de Tusell, quien hasta hace poco afirmaba que la Transición todavía no había acabado y que “somos hijos de la sangre derramada en el conflicto de 1936–39” (1987: 277), convendrán conmigo en que cualquier empeño rigorista en esta cuestión es vano y que sólo las posturas flexibles y matizadas nos

1 Buckley afirma que en ese año, en España se produce “un desliz del tiempo” (1996: XII), “un choque generacional” en el que contienden “los jóvenes nietzscheanos que surgen del Mayo francés” [...] con “las propuestas del marxismo ortodoxo, tan en boga entre los grupos intelectuales españoles de aquellos años” (1996: XIII). Y cita a Raúl Morodo (*La transición política*, Madrid, Tecnos, 1984) para avalar su propuesta periodizadora: “El año 1969 es un año políticamente clave por los acontecimientos que se produjeron [...] El escándalo Matesa, el estado de excepción, el cambio de gobierno y, sobre todo, la designación de don Juan Carlos como príncipe heredero, marcan el comienzo de lo que podríamos llamar la *pretransición*”.

ayudarán a entender la dinámica centrífuga y expansiva a la que la sociedad española —no sólo la literaria— se ve arrastrada en estos años. Por lo demás, la etiqueta de Ferreras tiene, en mi opinión, dos ventajas añadidas: la primera, que condiciona el enfoque metodológico, obligando al investigador a adoptar una posición necesariamente panorámica, desde la que analizar el desarrollo global del género narrativo en esos años, al margen de los vínculos semióticos o sistémicos que cada obra mantenga o no con el fenómeno transicional en sí; la segunda, que alude también al proceso de cambio —y diversificación— que el género emprenderá, a su propia transición interna.

2. La literatura gallega y la Transición

En esta ocasión me interesaré por la transición como tema en tanto apropiación memorialística por parte de la comunidad gallega de su propia historia, y por lo que en esa apropiación hay —en tanto memorialística— de deformante. Volveremos más adelante sobre esta cuestión. Me centraré en un texto fundamental y pionero: *As horas de cartón*² del por aquel entonces jovencísimo Lois Xosé Pereira, quien ganaría en 1985 la segunda edición del Premio Xerais de Novela (hoy, uno de los premios indiscutiblemente canónicos del sistema literario gallego). Que la sociedad literaria se apresurase a consagrar a un autor novel y su *opera prima* indica, en este caso, la clamorosa necesidad de empezar a verbalizar los sentimientos, sin duda contradictorios, las vivencias, esperanzas y temores, de aquellos momentos transicionales en los que había tanto que hacer, tanto que estrenar, tanto que vivir, en definitiva, que apenas dejaban tiempo para reflexionar sobre lo que estaba aconteciendo. Igualmente significativo me parece que fuese un muchacho (nacido en 1965) que apenas había conocido el franquismo y que se había formado como ciudadano al tiempo que la sociedad se sometía a la catarsis transicional, quien diese el paso al frente, quien se atreviese a ponerle el cascabel al gato y rompiese, de una vez por todas, el tabú y que lo hiciese además de una forma absolutamente radical, o si se quiere, empezando por el principio: por los días que siguieron a la muerte de Franco. Pues eso es lo que cuenta *As horas de cartón*: cómo vive aquellos días grises de noviembre de 1975, en los que España enterraba a Franco, una mujer de 45 años, Clara, recientemente separada y con un hijo minusválido.

2 A partir de ahora lo citaré siempre como HC para referirme a la primera edición: Vigo, Xerais, 1986. Mantengo las citas en el idioma gallego original.

La fractura histórica es el contexto propiciatorio para la definitiva escisión identitaria que Clara experimentará –tras el fallido reencuentro con su todavía marido y padre de su hijo– en esos días. Nada volverá a ser como antes, ni para Clara, ni para España.

En mi opinión, la Transición empieza en Galicia, como en el resto del Estado español, tras la muerte de Franco, en 1975. Sin embargo, la periodización que yo propongo (Vilavedra 1999 y 2002) para las últimas décadas de historia literaria gallega establece un corte en 1980 y esto por diversas razones. En primer lugar, querría esgrimir a favor de esta propuesta un argumento que considero aplicable a todo el Estado español (pero que ciertamente mi desconocimiento de otras realidades puede invalidar) y es que, en términos de dinámicas culturales las relaciones causa-efecto nunca son inmediatas, es preciso un período de asimilación profunda de las transformaciones acaecidas. Buena prueba son las novelas que irán apareciendo en Galicia entre 1975 y 1980: algunas de ellas (*Antón e os inocentes* de Xosé Luís Méndez Ferrín, publicada en 1976), escritas durante el franquismo, esperaban la abolición de la censura para ver la luz; otras (*Dos anxos e dos mortos* de Anxo R. Ballesteros, publicada en 1977) son hijas tardías de las preocupaciones y de la visión del mundo tardofranquista. Por otra parte, en esta etapa asistiremos a la “crecente institucionalización das axencias sociais” (González-Millán 1996: 21) que configuran el sistema literario gallego, abordando con urgencia una tarea –la de su institucionalización– imprescindible para poder desempeñar algún papel en el nuevo escenario que se dibujaba: no es casualidad que una de las dos editoriales más importantes de Galicia (la más, por lo que se refiere a número de trabajadores, títulos publicados anualmente y facturación) se fundase en 1979.

El Estatuto se refrenda en diciembre de 1980 y entra en vigor en abril de 1981. Ese mismo año se celebran elecciones autonómicas: Galicia estrena, con escaso entusiasmo (la abstención en el referéndum fue de un 70%), una etapa histórica. Y este dato avalaría una de las hipótesis que me gustaría dejar sobre la mesa para intentar explicar la escasa presencia del tema de la Transición en la narrativa gallega de las década de los 70 y 80.

Porque, ¿cuál es el papel que jugará la narrativa gallega en el proceso de identificación colectiva con la nueva realidad socio-política? Pequeño, muy pequeño, sorprendentemente pequeño si tenemos en cuenta con qué aplicación se dedica en esos años el género a paliar –por ejemplo– los déficits de una historia –la nuestra– secularmente silenciada, cuando no alienada o falsificada, es decir, que el género sí asume la función de codificar valencias identitarias para suministrárselas a una sociedad a la que le habían sido sistemáticamente hurtadas durante cuatro décadas pero que ahora se

encontraba, sorpresivamente, con que aquéllas que había ido salvando de la debacle naufragaban en el torbellino de propuestas simbólicas, en el mosaico de las nuevas identidades que surgían en el caleidoscopio democrático.

Pues bien, en mi opinión —y ésta es la hipótesis a la que me refería antes—, el discurso narrativo gallego presenciara el fenómeno de la Transición desde un cierto distanciamiento, como si fuese un episodio de una historia ajena. No olvidemos que España estaba, por aquel entonces, inmersa en la tarea de “inventar” (Fusi 2000) una nueva identidad nacional que presentase, como alternativa al desacreditado españolismo, la legitimación de lo autóctono (equiparado a lo *enxebre*, lo étnico), ante la estupefacción de aquellos que veían una vez más enajenadas por el poder sus señas de identidad. Cuaja, sin duda alguna, entre la comunidad gallega la asunción de una cierta condición periférica (no sólo geográfica, obviamente, sino sobre todo por lo que se refiere a su ubicación en la esfera pública del nuevo Estado español) o, si se prefiere, invirtiendo los términos, de la trascendencia histórica de unos hechos que esa sociedad vive, en cierta forma, como foráneos: a ello no es sin duda ajena la pervivencia hasta nuestros días de las estructuras de poder caciquíles (hay algún municipio en Galicia donde el alcalde lo es desde hace ¡30 años!) y, por supuesto, la ocupación de las altas jerarquías del Estado autonómico por supervivientes del aparato franquista,³ de forma especialmente destacada Manuel Fraga —presidente desde 1989 hasta el 2005—, ministro en su día de varios gobiernos del dictador Franco. De ahí la inviabilidad de hablar de una inexistente literatura de la Transición, pues no es éste un concepto que el discurso literario llegase a generar en su metadiscurso, de ahí también la escasa relevancia —cuantitativa y cualitativamente hablando— de eso que hemos llamado literatura sobre la Transición, y por lo tanto lo pertinente que en nuestro caso puede resultar el enfoque globalizador que inspira la propuesta de Ferreras. En Galicia es más cierta que en ningún otro lugar de España la idea de Tusell de que la Transición todavía no ha terminado.

Por lo tanto, empieza a tener sentido una etiqueta tan aparentemente endogámica como la de “narrativa postautonómica” que yo propongo, y que viene a contestar *de facto* análisis tan escépticos ante el carácter específico del desarrollo literario de culturas como la gallega como el que propone Ramón Acín (1995). Esta etiqueta atiende a la aplicación con que la narrativa

3 Algunos ejemplos: Xerardo Fernández Albor como primer presidente de la Xunta de Galicia; Eulogio Gómez Franqueira liderando UCD o el primero presidente de Parlamento gallego, Antonio Rosón.

gallega se dedicará, sobre todo en la primera mitad de los 80, a –como ya dije– proponer modelos de identificación colectiva que sirviesen de puntos de referencia a una galleguidad cada vez más amenazada por el peligro de diluirse en la imparable “regionalización” (de nuevo, en palabras de Fusi) que se derivó de los pactos y renunciaciones sobre los que se estaba construyendo la nueva España.

Surge así una nueva hipótesis que vincula el tratamiento literario de este tema con el de la Guerra Civil, ausente de nuestra narrativa hasta bien entrada la década de los 80, cuando se haría presente bajo dos modalidades: en forma de memorias ficcionalizadas cuyos autores habían padecido en carne propia persecución y exilio, en muchos casos escritas con bastante anterioridad y que sólo tras una década de normalidad democrática osarían demandar un espacio en el discurso de la colectividad; la otra modalidad será el abordaje totalmente ficcional del tema por parte de jóvenes escritores que habían nacido bien entrada la posguerra y que se erigen ahora en portavoces de una generación empeñada en recuperar la contienda para su memoria, consciente de que en ella se encuentran muchas claves de su filiación. Pues bien, me atrevo a vaticinar que algo semejante va a ocurrir – está ocurriendo ya– con el tema de la Transición. Un desarrollo tardío y bidireccional: esperemos que la dialéctica que se genere entre los que fueron sus protagonistas y los que ven en ella el referente próximo de su condición de ciudadanos sea tan fructífera como lo ha sido en el caso de la novela sobre la guerra. La reciente publicación de *Teoría do caos* (2001) de Marilar Aleixandre apunta en esa dirección. Mas en ambos casos concluimos el retraso con que la sociedad gallega incorpora a su discurso literario los acontecimientos decisivos de su historia reciente: ¿inhibición ante lo cívico y lo comunitario por parte de una sociedad escasamente vertebrada?, ¿vivencia distanciada, percepción alienada? ¿o una consecuencia más de ese pacto de silencio que parece ser hizo posible nuestra modélica transición? No me atrevo a inclinarme por una u otra explicación, y seguramente todas ellas son compatibles.

3. *As horas de cartón* en su contexto

Al apostar por una fórmula narrativa de tipo memorialístico, el autor de *As horas de cartón* está defendiendo de forma implícita una concepción no unitaria, no uniforme, ni siquiera necesariamente coherente, de lo histórico y abriendo un espacio para la disensión interpretativa de los hechos empíricos. La novela se va constituyendo así como una reivindicación del

ámbito de lo privado⁴, reforzada por la vivencia distanciada de lo histórico (metaforizada como veremos en esa Clara que asiste a los trascendentes acontecimientos históricos por la televisión), y esto tiene mucho que ver con el hecho de que “el discurso social de la Transición se desarrolla en una doble isotopía: conflicto/consenso, privado/público. Mientras el consenso tiende a imponerse públicamente, al menos hasta las elecciones de octubre del 82, el conflicto queda relegado a la práctica privada y casi siempre se negocia en secreto” (Imbert 1990: 30). Sólo instalándose en el ámbito de la intimidad de Clara el narrador será capaz de disentir del relato idealizado que de la Transición está siendo elaborado por el discurso oficial, de mostrar todo lo que en ella hubo de conflictivo. Así, la historia de Clara es, en cierta forma, una formulación ficticia de otra de las dimensiones que cobra la isotopía que planteaba Imbert: la de la dialéctica continuidad/ruptura, concretada en la novela en lo que se refiere a su relación con Gonzalo. El conflicto privado que viven ambos, que metaforiza el conflicto social, exige para su solución el consenso público, pero la ruptura, en tanto consumación del conflicto, se presenta también para Clara como una imprescindible ‘muerte del padre’, de aquel padre fascinantemente totalitario que seguía empeñada en buscar en Gonzalo. Que la separación de la pareja se haga definitiva el día de la muerte de Franco –el otro ‘padre’– no es más que una manera de subrayar metafóricamente algo que ella asumirá de manera explícita ya casi al final: “Era un pouco coma se Gonzalo morrera. [...] aquí fixemos fotos Gonzalo e eu, dixo sen decatarse e mordeu os beizos; e as súas palabras soaban a antigo. Eran palabras de viúva.” (HC: 139, los subrayados son míos)

Este protagonismo de lo privado explica el predominio de fórmulas modalizadoras de la subjetividad. No hay en *As horas de cartón* ni el más mínimo intento de objetivar el relato y, por lo mismo, la anónima voz narrativa recurrirá constantemente al monólogo interior y al estilo indirecto libre para personalizar el discurso, para ubicarlo bajo una perspectiva femenina. No me resisto a dejar constancia de la coincidencia que aprecio entre esta voluntad ‘feminizadora’ de la novela (por medio de la adopción de una solución modalizadora que sin duda resultó eficaz para un escritor joven que posiblemente no se atrevía a asumir en exclusiva un punto de

4 Esta reivindicación de la privacidad por parte de una sociedad harta del intrusista monopolio que sobre ella habían ejercido durante décadas Estado e Iglesia explica, en mi opinión, la construcción binaria de otras novelas de esta etapa, como *Tertulia* (1985) o *Beiramar* (1983), en las que se pone de manifiesto la existencia de una esfera de lo público y otra de lo privado que se presentan como claramente diferenciadas.

vista femenino), y lo que sostiene Buckley, quien, tras identificar la marginalidad de la mujer en el marco político de la Transición, reconoce en ella —por esa misma ubicación marginal— un potencial árbitro del proceso y sitúa ahí el nacimiento de “una escritura —femenina y feminista— que cuestiona los mitos de la Transición, incluso la ideología misma en que esta transición se sustenta” (Buckley 1996: XIV).

Pues bien, Clara es un ejemplo perfecto de esa marginalidad, tanto ideológica, pues no se cansará de repetir que es apolítica (“sempre pasei amplamente de política. Mira que me ofreceran a min meterme en Comi-sións, que daquela era un sindicato ilegal, e eu nada, que non, e non por cousa de ideoloxías e tal, que va, que eu de política, xa digo, nada” HC: 29), como social (ni casada ni separada) e incluso afectiva (con un hijo muerto y otro deficiente vive la maternidad como algo frustrado), de ahí su manifiesta voluntad de ser otra, de empezar de nuevo:

Era unha vida nova, dicíase, nova completamente, e atopábase descoñecida a ela mesma, gustáballe facer como que falaba con alguén ata ese momento descoñecido, e aparentábase distinta nos longos soliloquios tapada ata as orellas, coma sendo nena, era diferente como nunca a si propia (HC: 143).

Que el autor la erija en protagonista es un desafío, sin duda, al discurso de la doxa: la experiencia de Clara, en lo que tiene de subversivo, fundamentalmente a través de la reivindicación de lo privado frente a lo público, de lo individual frente a lo colectivo, de lo íntimo frente a lo histórico, convierte *As horas de cartón* en “un espacio de resistencia a través de la imaginación” (Neuschäfer 1994: 23) frente a la ideología dominante.

Sin duda, la conciencia de atravesar una frontera incierta era muy aguda entre una ciudadanía con escasa cultura cívica y política, y que por lo tanto no sabía muy bien qué le esperaba ni cuáles eran los pasos que debía dar, pero que además había pasado 40 años sometida a los excesos paternalistas de un dictador cuya muerte los dejaba a la intemperie, privados de una protección que ahora se traducía en desamparo, un desamparo semejante al que experimenta esa Clara privada definitivamente de sus sucesivos padres: biológico, político y sentimental. Pero ese desamparo se verá también compensado por la esperanza de un cambio y así, cuando Clara se ilusiona con la posibilidad de que el regreso de Gonzalo signifique una nueva oportunidad para ambos, su ilusión es la ilusión tímida, inexplicable, infantilmente tenaz, de esa inmadura ciudadanía española: “todo parecía tan diferente sabiendo que Franco morrera” (HC: 29), “Notábase frescura como dalgo novo do trínque, non se sabía ben qué, pero é igual” (HC: 50).

La misma función fronteriza desempeña en el relato la noche que Clara pasa con Gonzalo: después de cuatro años de separación, “a xanela inmensa da incompreensión, da abulia, ábrese e límpase de todo o po aquel non só dos últimos catro anos, de toda a vida sempre igual, sempre monótona, pútrida de inmovilidade” (HC: 114). La voluntad de la protagonista de *As horas de cartón* de sacudirse inhibiciones y traumas es manifiesta; sin embargo, es una voluntad individual, ajena a cualquier posible materialización en términos de catarsis colectiva. Para Clara, la vivencia de lo histórico va a ser una vivencia teatral, espectacular, distanciada, no sólo por su propia situación anímica sino porque va a asistir a los hechos escenificados en la televisión, en cierta forma ficcionalizados por medio de un desdoblamiento enunciativo que establece una distancia, la distancia con la que la sociedad gallega percibía aquellos acontecimientos: “Clara notaba o agradable saibo do café e do cruasán naquelas horas amargas que vivía o país, que dixeran Arias Navarro por televisión” (HC: 33, el subrayado es mío).

Si concordamos con Imbert en que “planteado en términos de identidad, el debate ideológico de la Transición —es decir, la redefinición de la identidad colectiva en terminos democráticos— responde a la dicotomía centro/periferia que estructura el ser del sujeto en términos de identidad/anomía y refleja lo doxológico/marxinal” (Imbert 1990: 39–40), entonces podemos afirmar que Galicia carece de una literatura sobre la Transición porque el discurso literario gallego se manifiesta incapaz de proponer una alternativa identitaria compatible con el nuevo modelo doxológico que se configura como canónico: el de una democracia híbrida, cosmopolita y escasamente ideológica.

Así, los modelos identitarios que proponen las pocas novelas que podemos registrar sobre el tema son —por seguir fieles a la terminología de Imbert— claramente marginales, periféricos, es decir, conflictivos, escasamente válidos por lo tanto como paradigmas alternativos para una comunidad que lo único que puede encontrar en ellos es el reflejo de su propia desorientación. De ahí la problemática conceptualización —en lo literario, pero no sólo— de la Transición en Galicia, que nace de las dificultades que en ese momento experimenta nuestra sociedad para asentar un nuevo sistema de representación capaz de presentarse como hegemónico o, por lo menos, alternativo para buena parte de la sociedad y que se ve obstaculizado por la lucha entre lo antiguo y lo nuevo que, en lo político, cobraría en nuestro país singular importancia, simbolizada en el apego al poder de quien fue su presidente durante una década y media, Manuel Fraga. La respuesta de las corrientes etnicistas, amenazadas con la fagocitación de sus más evidentes signos

identitarios por parte de la voraz maquinaria simbólica de una democracia incipiente que supo jugar al vampirismo para consolidarse, absorbiendo desde el centro buena parte de los signos periféricos, fue la de refugiarse en la hipertrofia de los significantes, exacerbando un limitado universo simbólico dentro del que se atrincherarían los modelos literarios autorreferenciales que, como ya señalé, se desarrollarían extraordinariamente a lo largo de la década de los 80, en un interesante proceso de confrontación dentro del sistema de fuerzas centrífugas y centrípetas en el que la esfera de la 'otredad' se asumía, cada vez con más insistencia, como un obstáculo para el desarrollo de lo autóctono.

En este sentido, y ya para acabar, resulta muy interesante analizar brevemente la función que desempeña el personaje de Molly en *As horas de cartón*. Molly es la nueva mujer, inglesa, de Gonzalo, con la que éste tiene ya —en cuatro años— dos hijas. Se configura así como la contraimagen de Clara, como una especie de antisujeto que se erige, con su sola existencia, como una amenaza para el sujeto Clara, que ve en ella reflejadas sus propias carencias, sobre todo en lo que se refiere al campo de la maternidad: recordemos que Clara sólo ha tenido un hijo varón, deficiente, y un aborto,

Mario, vinte anos, zas, xogando co seu trenciño a pilas ou non sei con que andaba; Mario, un subnormal, e Gonzalo con dúas fillas con Molly, dúas fillas totalmente normais doutra muller, dúas fillas que podían ser miñas pero que non o eran, e eu mirando a Mario non podía menos que maldicir de Gonzalo, que lle botaba a culpa toda do que tiña Mario e do noso fracaso como matrimonio (HC: 69).

mientras que Molly es la madre feliz de dos sanas y guapas niñas, “dúas cativas loiras a carón dun castelo de area, Molly, tamén loira, estaba detrás sostendo un enorme balón de praia que dicía nivea; as tres en bañador” (HC: 72).

En tanto que extranjera,⁵ Molly resulta una amenaza no sólo para Clara, sino para todo el sistema de valores en el que ésta se integra, sobre el que la inglesa proyecta su alteridad totalizadora, de ahí las infinitas variaciones que de su imagen construye Clara:

Pero tamén estaba ela, si, Molly, a muller coa que vivía Gonzalo, tamén soñaba con ela, imaxinábaa nos meus soños loira ou de pelo negro, longo ou curto, de ollos azuis, verdes, negros, cos beizos finos que se estiraban nun sorriso

5 Para esta cuestión, *vid.* Imbert, pp. 54.

cínico, concebía a Molly de moitas maneiras, sempre distinta, permutada sempre, pero sempre ela (HC: 49).

Una alteridad que cuestiona la coherencia del cuerpo social al que pertenece Clara. Situándose como excéntrica respecto a lo que en la novela se presenta como la doxa referencial, ubicada en la periferia axiológica (aunque también geográfica), Molly genera una fuerza centrífuga, potencialmente disidente, que arrastra a Gonzalo y que desnorta a Clara, de ahí el empeño de ésta en connotar la marginalidad de aquella con valencias negativas:

non foi ata o instante en que a Clara lle deron os ollos no prato que representaba O Columpio, de Fragonard, que ela se lembrou de Molly. A figura frívola da cortesana, sentada no seu bambán afogada nun mar de volantes, enaguas e saias dun rosa ousado que contrastaba co verde da decoración vexetal do entorno, esa figura fráxil tiña que ser Molly (HC: 62).

Esa misma alteridad que un sector del sistema literario se empeñaría en considerar la gran *bête noir* que amenazaba el futuro de nuestra literatura y frente a la que se posicionaría fomentando el desarrollo de modelos autóctonos o etnicistas en una tensión que ha llegado hasta nuestros días con el triunfo –sospecho– del discurso defensivo frente a las propuestas más arriesgadas. Pero ésta es ya otra historia.

Bibliografía

- Acín, Ramón (1995): *Narrativa o consumo literario (1975–1987)*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Buckley, Ramón (1996): *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid: Siglo XXI.
- Ferreras, Juan Ignacio (1995): “Tendencias de la novela en la transición española”. En: VV. AA.: *Del franquismo a la posmodernidad. Cultura española 1975–1990*. Madrid: Akal.
- Fusi, Juan Pablo (2000): *La evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de Hoy.
- Imbert, Gérard (1990): *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976–1982)*. Madrid: Akal.

- Mainer, José-Carlos y Juliá, Santos (2000): *El aprendizaje de la libertad (1973-1986)*. Madrid: Alianza.
- Neuschäfer, Hans-Jörg (1994): "Introducción". En: Ingenschay, Dieter y Neuschäfer, Hans-Jörg (eds.): *Abriendo caminos. La literatura española desde 1975*. Barcelona: Lumen.
- Tusell, Javier (1987): *Los hijos de la sangre. La España de 1936 desde 1986*. Madrid: Espasa Calpe.
- Vilavedra, Dolores (1999): *Historia da literatura galega*. Vigo: Galaxia.
- Vilavedra, Dolores (2002): *La narrativa gallega en el fin del milenio*. Cuenca: Centro de profesores y recursos, colección "Cuadernos de Mangana" nº 14.